

visto e indicaba ser profundo conocedor en la materia. Su llegada a aquellas costas era una verdadera fortuna para la isla de Francia, a la cual venía a ejercer por vez primera un comercio que, hasta entonces, hiciera casi exclusivamente con las Antillas.

Desembarcados todos los negros y cerrado el trato, Telémaco, que también era del Congo, se llegó a ellos y les echó un discurso en su lengua, que era la suya materna, ensalzándoles la dulcedumbre de su vida venidera, comparada con la que sus compatriotas llevaban en las otras haciendas de la isla, y diciéndoles que habían tenido la suerte de caer en manos de los señores Pedro y Jorge Munier, esto es, los dos mejores amos de la isla de Francia. Los negros se acercaron entonces a los dos mulatos, hincaron las rodillas y, por boca de Telémaco, prometieron hacerse dignos de la dicha que les había reservado la Providencia.

Al oír los nombres de Pedro y Jorge Munier, el capitán negrero, que había escuchado el discurso de Telémaco con atención demostrativa de que había hecho un estudio particular de los diferentes dialectos de Africa, se estremeció y miró más atentamente aún a los dos hombres con quienes acababa de hacer un negocio de unos treinta mil pesos. Pero tampoco ahora Jorge ni su padre parecieron notar la persistencia con que el negrero los miraba. Por fin llegó el momento de regularizar el trato, y Jorge preguntó al negrero en qué forma deseaba cobrar, si en oro o letras de cambio, para atender a lo cual su padre había traído oro en las bizazas de su caballo y letras de cambio en su cartera, para hacer frente a todas las exigencias. El negrero prefirió oro, y cobrado que hubo a toca teja, hizo llevar el dinero en la segunda chalupa.

Reembarcados los marineros, Jorge y su padre se admiraron grandemente de que el capitán, en vez de marcharse con aquéllos, les diese orden de desatracar y echar avante sin él.

El capitán siguió por breve espacio y con los ojos a las chalupas, y al hallarse éstas fuera de tiro de la mirada y de la voz, se volvió hacia los admirados mulatos, llegóse a ellos, y tendiendo las manos a entrambos, les dijo:

—Buenas noches, padre; buenas noches, hermano.

Y al ver que Pedro y Jorge titubeaban, añadió:

—¡Qué! ¿No conocen ustedes a su Jacobo?

Jorge y Pedro profirieron una voz de sorpresa y abrieron los brazos. Jacobo se arrojó en los de su padre, y luego en los de su hermano, y después tendió la mano a Telémaco, que nunca tocaba, sin temblar, la de un negrero.

Por insólita coincidencia, el acaso reunía en la misma familia al que durante toda su existencia se había doblegado ante la preocupación del color, al que se enriquecía beneficiándola, y al que estaba pronto a arriesgar su vida para comba-tila.

XIV

FILOSOFÍA NEGRERA

Aquel hombre era efectivamente Jacobo, a quien su padre no había visto hacía catorce años, y su hermano, doce.

Como dijimos, Jacobo partió a bordo de uno de tantos corsarios que, provistos de patente de Francia, a la sazón salían improvisamente de nues-

tros puertos, como águilas de sus nidos, para echarse encima de los buques ingleses.

Aquella escuela era no menos dura que la de la marina imperial, que, en aquel entonces, bloqueada en nuestros puertos, estaba con tanta frecuencia anclada cuanto aquella otra marina movediza, ligera e independiente estaba en corso. No pasaba día sin que se librara un combate, no porque nuestros corsarios, por muy osados que fuesen, buscasen camorra a los buques de guerra, sino porque golosos de mercaderías de la India y de la China atacaban a los buques de altura que regresaban de Calcuta, Buenos Aires o Veracruz. Ahora bien, o aquellas barrigudas y pesadas naves iban convoyadas por alguna fragata inglesa con pico y garras, o iban también armadas para defenderse por sí. En este último caso las cosas no pasaban de un juego, de una escaramuza de dos horas; pero en el primero ya era harina de otro costal; cruzábanse buen número de proyectiles, perecía buen número de hombres, causábanse mutuamente grandes destrozos en los aparejos, y por fin y después de haberse fogueado de lejos, llegaban al abordaje para exterminarse cuerpo a cuerpo.

Interin, el buque mercante seguía ganando aguas, y sí, como el asno de la fábula, no encontraba otro corsario que le echase la garra, entraba en algún puerto de Inglaterra, con grandísima satisfacción de la compañía de la India, que votaba pensiones a sus defensores. Ahí lo que pasaba en aquel tiempo. De los treinta o treinta y un días del mes, los corsarios peleaban veinte o veinticinco, y, para descansar, tenían los días de borrasca.

Como dijimos, en aquella escuela se hacían rápidos progresos. Ahora bien, como los corsa-

rios no podían hacer levadas como el gobierno, y aquella guerra de aficionados no dejaba de consumir a la larga muchos hombres, nunca las tripulaciones estaban cabales. Verdad es que siendo, como eran, voluntarios todos los marineros, la calidad suplía con ventaja a la cantidad; así es que en el día de la batalla o de la tormenta ninguno tenía atribuciones fijas, por la razón de que todos servían para todo. Eso sí, obediencia pasiva al capitán, cuando estaba presente, y al segundo en ausencia del capitán. Lo cual no quiere decir que seis años antes no hubiese habido, como los hay en todas partes, a bordo de la *Calipso*, que así se llamaba el buque que había elegido Jacobo para hacer su aprendizaje, dos recalitrantes, el uno normando y el otro gascón, el primero contra la autoridad del capitán, y contra la autoridad del teniente el segundo. Pero el capitán partió por gala en dos y de un hachazo la cabeza del normando, y el teniente atravesó de un pistoletazo el pecho del gascón, que, como su compañero, se quedó sin respirar *per in æternam*. Después, como nada estorba la maniobra como un cadáver, echaron al mar, por encima de la borda, los de aquellos dos hombres, y no se habló más del asunto. Con todo eso, a pesar de que aquellos dos acaecimientos sólo quedaron en la memoria de los tripulantes, no dejaron de ejercer saludable influjo en los espíritus. Desde entonces a ninguno se le ocurrió buscar quimera al capitán Bertrand ni al teniente Rebard, que así se apellidaban aquellos valientes, que en adelante gozaron de autoridad autocrática a bordo de la *Calipso*.

Jacobo había tenido siempre vocación decidida por el mar: niño, se pasaba continuamente horas y más horas a bordo de los buques anclados

en la rada de Puerto Luis, y se subía a los obenques, se encaramaba en las cofas, se mecía en las vergas, se deslizaba a lo largo de las jarcias, y como solía entregarse a tales ejercicios gimnásticos en los buques que estaban en relaciones comerciales con su padre, los capitanes lo trataban con grandes consideraciones y satisfacían su curiosidad infantil explicándoselo todo y permitiéndole subir desde la bodega a los sobrejuanetes y bajar de los sobrejuanetes a la bodega. De lo cual se siguió que Jacobo, a los diez años, fuese grumete consumado, atento que a falta de nave, como todo para él representaba un buque, se encaramaba en los árboles, que le servían de palos, y a lo largo de los bejucos, que le servían de cuerdas, y que a los doce, ya sabedor de los nombres de todas las partes de un buque y conocedor de todas las maniobras que a bordo se ejecutaban, pudiese entrar como aspirante de primera clase en cualquier buque. Pero, como vimos, su padre decidió enviarlo, no a la escuela de Angulema, adonde su vocación lo llamaba, sino al colegio de Napoleón, y entonces fué cuando se confirmó nuevamente el proverbio famoso de que el hombre propone y Dios dispone. Jacobo, después de haber pasado dos años dibujando buques en sus cartapacios y botando fragatas en el estanque grande del Luxemburgo, aprovechó la primera coyuntura para pasar de la teoría a la práctica. En un viaje a Brest visitó la corbeta *Calipso*, y declaró a su hermano, que lo había acompañado, que podía volverse solo a tierra, pues él estaba resuelto a hacerse marino.

La suerte de ambos fué cual lo decidiera Jacobo, y Jorge, como hemos dicho en su lugar, se volvió solo al colegio de Napoleón.

En cuanto a Jacobo, cuya franca fisonomía y cuyo desembarazado andar sedujeron desde luego al capitán Bertrand, fué inmediatamente ascendido al grado de marinero, aunque no sin escándalo de sus camaradas.

Jacobo, puntualmente imbuido en la noción de lo justo y de lo injusto, dejó chillar a los marineros, cuanto más que ignorando éstos lo que él valía, estaba en su punto que no viesen con buenos ojos aquella gracia hecha a un novato; pero en la primera borrasca, Jacobo subió a cortar una vela de juanete a la cual un nudo mal hecho impedía deslizarse, amenazando romper el palo a que estaba aferrada, y, en el primer abordaje, saltó en el buque enemigo antes que el capitán, quien por toda recompensa le propinó un puñetazo que lo dejó aturdido por tres días; que a bordo de la *Calipso* era reglamentario que el capitán fuese el primero en sentar la planta en la cubierta enemiga. Sin embargo, como aquella era una de las faltas de disciplina que un valiente perdona con facilidad a otro valiente, el capitán aceptó por buenas las excusas que Jacobo dió en su abono, y le respondió que en lo sucesivo, después de él y el teniente, era libre de tomar, en tales circunstancias, el puesto que le conviniera. En el segundo abordaje, Jacobo pasó tras el teniente.

Desde aquel punto los marineros cesaron de murmurar contra Jacobo, y aun los veteranos se acercaron a él y fueron los primeos en tenderle la mano.

Así continuaron las cosas hasta 1815, y decimos hasta 1815, porque el capitán Bertrand, escéptico a macha martillo, jamás quiso tomar en serio la caída de Napoleón; lo cual era quizá debido a que, estando de huelga, había hecho dos

viajes a la isla de Elba, y a que en uno de ellos había tenido la honra de ser recibido por el que fuera señor del mundo. ¿De qué trataron el emperador y el pirata en aquella entrevista? nunca se ha sabido; lo que sí se notó fué que el capitán Bertrand regresó a bordo silbando, lo cual era en él la mayor señal de satisfacción íntima. Luego regresó a Brest, donde a la chita callando reparó todas las averías de la *Calipso*, hizo provisión de pólvora y balas y reclutó los hombres que le faltaban para completar su tripulación; por manera que habría habido necesidad de no conocer poco ni mucho al capitán Bertrand para no comprender que se disponía para alguna empresa. En efecto, seis semanas después de su último viaje a Portoferraio, Napoleón desembarcó en el golfo de Juan, y, veinticuatro días después, entró en París, mientras Bertrand se disponía en Brest, y, a los tres días de la llegada del emperador a la capital, salía del puerto a velas desplegadas y con el pabellón tricolor en el tope, para regresar no ocho días después trayendo a remolque una magnífica corbeta inglesa cargada con las más finas especias de la India, la cual corbeta quedara tan admirada al ver el pabellón tricolor, ya en concepto de todos desaparecido de la haz de la tierra, que ni siquiera había intentado oponer la más leve resistencia.

Aquella presa engolosinó al capitán Bertrand; así es que apenas la hubo realizado a un precio conveniente y hubo repartido la parte cuotativa a sus marineros, que descansaban hacia cosa de un año y a los cuales aburría grandemente aquel reposo, salió nuevamente en busca de otra corbeta; pero como el hombre no halla siempre lo que busca, cierta mañana que siguió a una noche muy negra, la *Calipso* se encontró con una fra-

gata, la *Leicéster*, esto es la misma que llevó a Puerto Luis a lord Murrey y a Jorge. La cual fragata montaba diez cañones y sesenta hombres más que la *Calipso*, y, además, llevaba en su cavidad, no canela, azúcar o café, sino un arsenal de metralla y balas enramadas. Apenas hubo visto la *Leicéster* a qué parroquia pertenecía la *Calipso*, sin más preámbulos le envió una muestra de su mercancía, o si decimos una bala de treinta y seis, que hizo blanco en el costado de aquella. La *Calipso*, al revés de su hermana Galatea, que huía para que la vieran, hubiera querido huir sin ser vista, pues nada había que ganar con la *Leicéster*, aún en el caso de vencerla, lo cual nada tenía de probable. Por desgracia, tampoco era probable sustraerse a ella, cuanto más que su capitán era Guillermo Murrey, todavía con activo servicio en la marina, y que, bajo su seductiva apariencia, a la cual añadió luego nuevos atractivos la diplomacia, era uno de los más intrépidos marinos que navegaban desde el estrecho de Magallanes a la bahía de Bafín.

El capitán Bertrand hizo arrastrar pues sus dos más gruesos cañones a popa y se puso en caza.

La *Calipso* era un verdadero buque de proa, velero, de poca manga y mucha eslora; pero la pobre golondrina de mar tenía que habérselas con el águila del Océano; de modo que a pesar de su ligereza, no tardó la fragata en ganar aguas sobre ella, y eso de tal suerte y de un modo tanto más sensible, cuanto cada cinco minutos la *Leicéster* enviaba emisarios de bronce para intimidar a la *Calipso* que se detuviese; a lo cual, por lo demás, la *Calipso*, sin menguar su marcha, respondía con sus piezas de caza enviando mensajeros de igual naturaleza.

Interin, Jacobo examinaba atentamente la arboladura de la corbeta, y hacía al teniente Rebard atinadas observaciones respecto de las mejoras que debían introducirse en las jarcias de los buques destinados, como la *Calipso*, a cazar o a ser cazados. Sobre todo los masteleros de juanete necesitaban una reforma radical; y Jacobo, con los ojos puestos en la parte flaca de la nave, acababa de hacer su demostración, cuando, al notar que el teniente no le respondía, bajó la mirada y observó que la causa del silencio del teniente era debida a que éste acababa de ser partido en dos por una bala rasa.

La situación se agravaba; era evidente que antes de media hora las dos naves estarían a toca penoles y que no habría más remedio que luchar con una tripulación superior en un tercio. Jacobo comunicó esta poco tranquilizadora reflexión al apuntador de una de las dos piezas de caza, cuando el apuntador, al agacharse para apuntar, dió al parecer un paso en vago y cayó de ojos sobre la culata del cañón. El mulato, al ver que el apuntador tardaba en levantarse más que no convenía en tales circunstancias a un hombre encargado de una comisión tan importante, lo cogió por el cuello de su chaqueta y lo restituyó a la línea vertical; pero entonces advirtió que el infeliz acababa de tragar una bala que, en vez de seguir la perpendicular, había seguido la horizontal, y de ahí que el pobre apuntador hubiese muerto, como se dice, de una indigestión de hierro colado.

Jacobo, que por el pronto no tenía que hacer mejor, se inclinó a la vez hasta el cañón, rectificó una línea o dos el punto de mira y dió la voz de fuego.

En aquel mismo instante rugió el cañón, y como a Jacobo le picó la curiosidad de informarse

del resultado de su destreza, se subió sobre el empalletado para seguir, cuando estuvo en él, el efecto del proyectil que él acababa de enviar a su enemigo.

El efecto fué rápido: el palo trinquete, cortado un poco más arriba de la gavia mayor, se dobló como árbol encorvado por el viento, crujió espantosamente, y cayó llenando de velas y jarcias la cubierta y rompiendo parte de la borda de estribor.

Los de la *Calipso* prorrumpieron en voces de alegría. La fragata se había detenido en medio de su marcha, mojando en el mar su rota ala, mientras la corbeta, sana y salva, excepto algún pequeño desperfecto en las cuerdas, seguía avante, libre de la persecución de su enemigo.

El capitán Bertrand, al verse fuera de peligro, lo primero que hizo fué nombrar, en sustitución de Rebard, teniente a Jacobo, a quien, por otra parte, sus compañeros lo tenían ya anticipadamente designado en su ánimo para cuando ocurriese la vacante. No es de extrañar pues que su promoción fuese acogida con aclamaciones unánimes.

Por la tarde se celebró una misa por las almas de los que sucumbieron en la lucha y cuyos cadáveres habían sido arrojados al mar conforme pasaran de la vida a la muerte, dejando tan solamente a bordo el cuerpo de Rebard para rendirle los honores debidos a su grado, honores que consistían en coserlo en una hamaca y en amarrarle a cada pie una bala de a treinta y seis. Cumplido puntualmente el ceremonial, el pobre teniente fué a unirse a sus compañeros, sobre los cuales conservó tan solamente la pequeñísima ventaja de hundirse en lo más profundo del mar, en vez de flotar en su superficie.

Llegada la noche, el capitán Bertrand utilizó la obscuridad para variar de rumbo, queremos decir que aprovechando un salto del viento, deshizo el camino andado y tornó a Brest, mientras la *Leicester*, que se había apresurado a substituir su trinquete con un palo de repuesto, navegaba en su busca hacia las islas de cabo Verde.

Murrey, al verse burlado, sintió tanto enojo, que en su ánimo juró que de caer nuevamente la *Calipso* en manos de la *Leicester*, no saldría tan bien parada como la vez primera.

Inmediatamente después de reparadas sus averías, el capitán Bertrand anudó sus correrías por la mar, y, segundado por Jacobo, hizo maravillas: por desgracia llegó Vaterloo, y con Vaterloo la segunda abdicación, y con la segunda abdicación la paz, sin que ahora cupiese duda alguna sobre la suerte reservada a Napoleón. El capitán de la *Calipso* vió pasar, a bordo del *Belerofonte*, al prisionero de Europa; y como conocía la isla de Santa Elena por haber recalado dos veces en ella, desde luego comprendió que de Santa Elena no puede uno fugarse como de la isla de Elba.

En aquel tremendo cataclismo que dió en tierra con tantas esperanzas, el porvenir del capitán Bertrand se halló gravemente comprometido. Fuele pues necesario a éste crearse una nueva industria: dueño de una hermosa y velera corbeta tripulada por ciento cincuenta hombres dispuestos a seguirle en la buena como en la mala fortuna, resolvió dedicarse al comercio de negros. Con efecto, tal negocio era por demás productivo antes de haber echado a perder el oficio con un fárrago de declamaciones filosóficas en las cuales nadie pensaba entonces, y prometía una pingüe fortuna a los primeros que volviesen a emprenderlo. La guerra, de cuando en cuando apagada

en Europa, es eterna en Africa; siempre hay allí tribus sedientas, y como los habitantes de aquella hermosa tierra notaron, de una vez para siempre, que la manera más segura de procurarse prisioneros era poseer mucho aguardiente, en aquel entonces bastaba seguir las costas de la Senegambia, del Congo, de Mozambique o de Zanguebar con una botella de coñac en la mano para tornár a bordo con un negro bajo cada brazo. Cuando faltaban prisioneros, las madres vendían a sus hijos por un solo vaso de aguardiente, y si bien es verdad que los muchachos no valían mucho, desquitábanse en la cantidad.

El capitán Bertrand ejerció con honra y provecho, por espacio de cinco años, esto es de 1815 a 1820, el comercio de carne humana, y contaba ejercerlo aún por largos años, cuando un acaecimiento inesperado puso fin a su existencia. Un día que remontaba el río de los Peces, situado en la costa accidental de Africa, con un jefe hotentote que, mediante dos pipas de ron, había de entregarle unos namaqueses cuya venta tenía ya él anticipadamente asegurada en la Martinica y en Guadalupe, sentó casualmente el pie sobre la cola de una boqueira que se estaba calentando al sol. Como es sabido, esta clase de reptiles tienen la cola tan sensible, que la naturaleza ha puesto en tal sitio gran número de cascabeles para que, avisado por el ruido, el viajero no los pise. Ahora bien, el boquiera se enderezó con rapidez pasmosa y mordió en la mano al capitán Bertrand, el cual, aunque resistente al dolor, lanzó un ay. El jefe hotentote volvió la cabeza, y, al ver lo que ocurría, dijo con voz grave:

—Hombre mordido, hombre muerto.

—Ya lo sé, pesia a mí—respondió el capitán,— y por eso grito.

Dichas estas palabras, ya fuese por su satisfacción personal, ya por filantropía, y para que la serpiente que lo mordiera no mordiese a otro, cogió con las manos la boqueira y le retorció el cuello; pero apenas muerto el reptil, el valiente capitán perdió las fuerzas y cayó sin vida junto a aquél.

Pasó con tal rapidez lo que acabamos de explicar, que cuando Jacobo, que se hallaba a unos veinticinco pasos detrás del capitán, emparejó con éste, ya Bertrand estaba verde como un lagarto, para llenársele a poco de manchas negras y amarillas el cuerpo, ni más ni menos que una seta venenosa.

No había que pensar en trasladar a bordo de la *Calipso* el cuerpo del capitán, pues gracias a la sutileza del veneno, la descomposición no podía ser más rápida. Así pues, Jacobo y los doce marineros que lo acompañaban abrieron una hoya, metieron en ella a Bertrand, y luego echaron en ella cuantas piedras hallaron a mano para evitar, en lo posible, que el cuerpo de aquél fuese pasto de las hienas y los chacales. En cuanto a la serpiente, se quedó con ella un marinero que recordó que un su tío, farmacéutico de Brest, le había recomendado que, de encontrar uno de tales reptiles, procurase llevárselo muerto o vivo para meterlo en un bocal y exponerlo entre una botella de agua roja y otra de agua azul, en el escaparate de su farmacia.

En virtud del adagio comercial que reza que lo primordial es el negocio, el jefe hotentote y Jacobo resolvieron que la catástrofe aquella no era óbice para cerrar la operación. Jacobo pues, fué a buscar al kraal próximo los cincuenta namaqueses vendidos, y el jefe hotentote fué luego a bordo para recoger las dos pipas de ron pro-

metidas. Efectuado el trueque, los dos negociantes separáronse mutuamente satisfechos y resueltos a continuar sus relaciones comerciales.

Aquella misma tarde Jacobo reunió los tripulantes en la cubierta de la *Calipso*, desde el contramaestre hasta el último grumete, y tras un lacónico y elocuente discurso sobre las innumerables virtudes que adornaran al capitán Bertrand, propuso a la tripulación: primeramente vender el cargamento, que era completo, realizar el buque, del que podían deshacerse fácilmente, repartirse el dinero entre todos y según los derechos establecidos; separarse como buenos amigos, y que cada cual se las campase por sus respetos; o bien nombrar otro capitán y continuar el negocio bajo la razón social *Calipso y compañía*, declarando de antemano que, por más que era teniente, se sometía a reelección, y sería el primero en reconocer al nuevo capitán que saliese del escrutinio. Huelga decir que Jacobo fué elegido capitán por unanimidad.

Jacobo eligió al punto para teniente a su contramaestre, valiente bretón hijo de Lorient, y que por alusión a la dureza notable de su cráneo, era generalmente apellidado Cabeza de Hierro.

Aquella misma tarde, la *Calipso*, más olvidadiza que la ninfa de que llevaba el nombre, se hizo a la vela para las Antillas, ya consolada, a lo menos en la apariencia, no de la partida del rey Ulises, sino de la muerte del capitán Bertrand.

Con efecto, si la *Calipso* había perdido un amo, en cambio había hallado otro que no le iba en zaga. El difunto era uno de tantos marinos viejos que sólo obran por rutina y no por inspiración, y Jacobo era lo contrario. Jacobo era siempre el hombre que reclamaban las circunstancias, univer-

sal en cuanto se refería al arte náutico, hombre que en una batalla o en una borrasca sabía ordenar la maniobra como cualquier almirante, y que, llegado el caso, hacía un nudo a la marinera tan bien como un grumete. No pasaba día sin que introdujese una mejora en el arrumaje o en el aparejo de la corbeta; y es que Jacobo quería a la *Calipso* como se quiere a una amante, y por eso estaba él eternamente preocupado con añadir algo a su tocado. Por eso la coqueta obedecía a su nuevo señor como aún no había obedecido a nadie, y se animaba a su voz, y se agobiaba o erguía bajo su mano, y saltaba bajo sus pies como caballo que siente la espuela; en una palabra Jacobo y la *Calipso* parecían de tal suerte hechos el uno para el otro, que parecía imposible que en adelante pudiesen vivir separados. No es de admirar pues que, aparte el recuerdo de su padre y su hermano, que de tiempo en tiempo y como una nube le pasaba por la frente, Jacobo fuese el hombre más dichoso de la tierra y del mar. No era Jacobo uno de esos negreros ávidos que pierden la mitad de su provecho por querer ganar en demasía, y para quienes el mal que hacen, degenerado en costumbre se convierte en placer; no, era un buen comerciante que hacía concienzudamente su tráfico y tenía casi tanto cuidado de sus cafres, hotentotes, senegambios o mozambiques como si hubiesen sido sacos de azúcar, cajas de arroz o balas de algodón. A bordo de la *Calipso* los negros estaban bien alimentados, dormían sobre paja, y dos veces al día subían a la cubierta. En la *Calipso* no se encadenaba más que a los recalcitrantes, y por regla general procurábase vender a los maridos con las mujeres, y a los pequeñuelos con sus madres; lo cual era una delicadeza inaudita que tenía poquísimos imitadores

entre los compañeros de Jacobo. Así es que los negros de éste solían llegar a su destino sanos y alegres, lo cual hacía que casi siempre Jacobo los vendiese a un precio superior.

Jacobo nunca pasaba en tierra tiempo suficiente para contraer firmes amistades. Como nadaba en la abundancia y apaleaba el dinero, las lindas criollas de la Jamaica, Guadalupe o Cuba le habían guiñado los ojos más de una vez, y aún algunos padres, ignorando que fuese mulato y tomándole por honrado negrero europeo, de cuando en cuando le hacían insinuaciones respecto del matrimonio. Jacobo, empero, tenía su modo especial de pensar tocante al amor, y conocía al dedillo su mitología y su historia santa, y por tanto sabía el apólogo de Hércules y Onfala, y la anécdota de Sansón y Dalila. Había pues, resuelto el mozo no tener otra mujer que la *Calipso*, cuanto más que no le faltaban amantes negras, cobreñas, amarillas o color de chocolate, según cargaba en el Congo, en la Florida, en Bengala o en Madagascar. A cada viaje tomaba una nueva, y, al llegar, la daba a algún amigo en cuya casa sabía la tratarían bien; y si tal hacía, era porque sistemáticamente no quería conservar a su lado mujer alguna, temeroso de que, fuese aquella del color que fuese, no adquiriese influjo en su ánimo, en menoscabo de lo que él más amaba, su libertad.

Los goces de Jacobo eran variadísimos: sensual como buen criollo, los grandes espectáculos de la naturaleza le impresionaban agradablemente, pero no el espíritu, sino los sentidos. Gustaba de la inmensidad, no porque la inmensidad le hiciese pensar en Dios, sino porque allí donde hay más espacio se respira mejor; gustábale ver un cielo estrellado, no porque pensase que las estrellas eran otros tantos mundos que giran por el

firmamento, sino porque le satisfacía tener encima de su cabeza un dosel tachonado de diamantes; halagábanle las grandes selvas, no porque sus profundidades están pobladas de voces misteriosas y poéticas, sino porque sus frondosas bóvedas impiden el paso de los rayos del sol.

En cuanto a su opinión respecto del estado que ejercía, Jacobo lo tenía por una industria legal, pues durante toda su vida había visto vender y comprar negros; así pues, en su conciencia creía que los negros nacían para ser comprados y vendidos. Respecto a la validez del derecho que de traficar con sus semejantes se ha abrogado el hombre, esto no le atañía; compraba y pagaba; luego lo que él compraba era suyo, y tenía el derecho de volverlo a vender. Jacobo no imitó ni una sola vez el ejemplo de sus colegas, a quienes había visto cazar a los negros por su propia cuenta, pues para él habría sido una espantosa injusticia el apoderarse personalmente, por la fuerza o por la astucia, de una criatura libre para esclavizarla; pero desde el punto en que la criatura libre se había convertido en esclava por una circunstancia independiente de la voluntad de él, Jacobo no hallaba inconveniente en comprarla a su dueño.

Ahora bien, compréndese que Jacobo hallase agradable su modo de vivir, y tanto más agradable cuanto de tiempo en tiempo y como en los del capitán Bertrand venía a amenizar su vida algún combate. El comercio de negros había sido abolido por un congreso internacional, que probablemente halló que aquél perjudicaba al comercio de blancos; por manera que en ocasiones sucedía que algunos buques que se metían en lo que no les importaba, se empeñaban en saber lo que la *Calipso* iba a hacer en las costas del Senegal o

en los mares de la India. En tales casos, si el capitán Jacobo estaba de buen humor, empezaba por distraer al buque curioso mostrándole pabellones de todos colores, y cuando se cansaba de divertirse con él por medio de charadas en acción, izaba su pabellón personal, en el que campeaban, dos y una en campo de gules, tres cabezas de negro, y, poniéndose en caza, empezaba la danza.

Además de los veinticuatro cañones que adornaban sus portas, la *Calipso* montaba en su popa y para tales ocasiones dos piezas de a treinta y seis, de alcance superior a las piezas de los demás buques, y como sobre esto era muy velera, y obedecía admirablemente a la mano y a la mirada de su amo, desplegaba solamente las velas necesarias para mantener a tiro de sus dos cañones la nave que le daba caza. De ahí que mientras las balas enemigas venían a morir en su estela, cada una de las balas de la *Calipso*, enviadas por Jacobo, que no había olvidado su oficio de apuntador, enfilaba de proa a popa al buque negrofilo. Esto duraba tanto cuanto Jacobo quería, y cuando le parecía que la nave indiscreta estaba suficientemente castigada por su indiscreción, añadía algunas velas de sobrejuanete, algunas bonetas de perroquete, y algunas cangrejas inventadas por él, a las velas ya desplegadas, enviaba una pareja de balas enramadas en señal de despedida a su contendor, y deslizándose por la superficie de las aguas como ave marina rezagada que torna a su nido, lo dejaba que tapase sus agujeros, recompusiese su aparejo y anudase sus cuerdas, y desaparecía en el horizonte.

Tales escapadas, como es de suponer, le hacían un poco más difícil la entrada en los puertos; pero la *Calipso* era una coqueta que sabía mudar de aspecto y aún de nombre según el caso. Ora

tomaba un nombre virginal y un porte sencillo, bajo el calificativo de la *Hermosa Jenny* o la *Joven Olimpia*, y se presentaba con un aire inocente que daba gusto verlo; entonces, decía Jacobo, venía de cargar te en Cantón, café en Moca o especias en Ceilán, y daba muestras de su cargamento, y recibía pedidos, y solicitaba pasajeros. El capitán Jacobo era un buen lugareño bretón, enfundado en holgada camisola, con sombrero de anchas alas bajo las cuales se le desparramaban sus largos cabellos. Ora la *Calipso* cambiaba de sexo, y se llamaba *Leónidas* o cualquiera otro nombre; ítem más, su tripulación sacaba a relucir el uniforme francés, y entraba en la rada con la bandera blanca desplegada y saludaba cortésmente al fuerte, que cortésmente le devolvía su saludo. Entonces Jacobo era lo que a él se le antojaba, o un matalote que vomitaba sapos y culebras y hablaba a trochemoche, y no comprendía para qué servía la tierra a no ser para hacer aguada de tiempo en tiempo y para secar pescado en ella, o un garrido y elegante oficial recién salido de la escuela, y a quien el gobierno, para recompensar los servicios de sus antepasados, había confiado un mando solicitado por otros oficiales veteranos. En este caso, Jacobo se hacía apellidar señor de Kergurán o de Champ Fleury, y, aparte hablar tartajoso, mantenía siempre bajos los ojos y no miraba sino guiñándolos. En un puerto de Francia o de Inglaterra la farsa habría sido inmediatamente descubierta; pero en Cuba, la Martinica, Guadalupe y Java salía de perlas.

En cuanto a la imposición del dinero que se procuraba con su comercio, para Jacobo, que no entendía jota respecto del agio y de los cálculos del descuento, era lo más sencillo: a cambio de su oro y de sus letras, tomaba en Visapur y en

Gusarata los más hermosos diamantes que podía hallar, con lo cual llegó a ser tan perito en la materia como en el tráfico en carne humana. Adquiridos los diamantes, metía los nuevos junto a los viejos en una ventrera de la que solía ir provisto, y si se le acababa el dinero, según la necesidad sacaba de aquélla un diamante como una avellana o del tamaño de un guisante, se entraba en casa de un judío, le hacía pesar la piedra preciosa y se la cedía a precio de tarifa. Después, como Cleopatra, que se bebía las perlas que le daba Antonio, él se bebía y se comía su diamante; pero, al contrario de la reina de Egipto, a Jacobo le solía durar para muchas comidas.

Gracias a este sistema de economía, Jacobo llevaba continuamente consigo un valor de quinientos o seiscientos mil duros que, cupiendo en el hueco de la mano, le era fácil esconder si las circunstancias lo reclamaban; porque Jacobo no se forjaba ilusiones, y por tanto sabía que una profesión como la suya tenía sus altibajos; que no todo eran rosas en su oficio, y que tras algunos años venturosos podía llegar un día desgraciado. Con todo eso, Jacobo llevaba una vida muy regalada, tanto, que no la habría cambiado por la de un rey, cuanto más que a la sazón empezaba a ser el de rey un empleo no tan agradable como eso. Nuestro aventurero hubiera pues sido completamente dichoso, si a las veces no le hubiese turbado la memoria el recuerdo de su padre y el de Jorge. Así pues, un día no pudo resistir más, y como después de haber cargado en Senegambia y en el Congo, fué a completar su cargamento en las costas de Mozambique y en Zanguebar, resolvió llegarse hasta la isla de Francia, e informarse de si continuaba en ella su padre y de si su hermano había regresado. En

consecuencia, al acercarse a la costa hizo las señales habituales a los negreros, y a ellas le respondieron casualmente el padre y el hijo; de modo que por la noche Jacobo se halló no sólo en la playa más también en los brazos de aquellos a quienes había venido a buscar.

XV

LA CAJA DE PANDORA

Inefable fué el gozo que sintieron Pedro Munier, Jorge y Jacobo al hallarse, tras ausencia tan dilatada, reunidos en el momento en que ellos lo esperaban. Verdad es que de pronto Jorge, gracias a la educación europea que recibiera, sintió alguna repugnancia al ver a su hermano convertido en traficante de carne humana; pero no pasó de aquí. En cuanto a Pedro Munier, que nunca se saliera de la isla, y que, por tanto, lo miraba todo desde el punto de vista de las colonias, ni siquiera paró mientes en ello; a bien que, por otra parte, lo tenía absorto la dicha inesperada de ver de nuevo a sus hijos.

Como era natural, Jacobo fué a pasar la noche en Moca, y él, su padre y Jorge no se separaron hasta hora muy avanzada. Durante esta primera y suave plática, los dos hermanos y su padre se hicieron mutuamente partícipes de los tesoros de sus corazones. Pedro Munier, que estaba henchido de gozo, dióle rienda; Jacobo contó su aventurera vida, sus extraños placeres y su dicha originalísima, y Jorge refirió sus amores con Sara.

Al oír a su hijo menor, Pedro Munier se estremeció de los pies a la cabeza. ¡Jorge, mulato, hijo de mulato, amaba a una blanca, y, al confesar su amor, afirmaba que aquella mujer le pertenecería! Tal audacia, tal orgullo, no tenía ejemplo en las colonias; y, según él, semejante orgullo había de atraer sobre aquel en cuyo corazón se encendiera, todos los dolores de la tierra y toda la cólera del cielo.

En cuanto a Jacobo, comprendía muy bien que su hermano amase a una mujer blanca, por más que él, por mil razones que él aducía con gran lucidez, prefería de mucho las negras. Pero Jacobo era demasiadamente filósofo para no comprender y respetar los gustos de cada cual. Por otra parte, hallaba que Jorge, siendo, como era, todo un buen mozo, rico y superior a los demás hombres, podía aspirar a la mano de cualquiera mujer blanca, mal fuese ésta Alina, reina de Golconda. Además y para en su caso, Jacobo ofreció a su hermano valerse de un expediente que simplificaba grandemente el asunto; y el expediente era que de negarse Malmedie, robaría a Sara y la depositaría en cualquier rincón del mundo, a su elección, donde Jorge pudiese reunirse a ella. Jorge agradeció a su hermano el ofrecimiento, pero como tenía trazado otro plan, no lo admitió.

Los habitantes de Moca volvieron a reunirse al día siguiente, casi al despuntar el alba, tanto tenían aún que decirse; y como a eso de las once a Jacobo le vino en deseo visitar los lugares donde pasara su infancia, propuso a su padre y a su hermano dar un paseo de recuerdos. Munier aceptó; pero Jorge, que como no habrá olvidado el lector, esperaba nuevas de la ciudad, los dejó que partiesen solos, quedándose él en la casa, para la cual citara a Miko Miko.